

se ve: se adivina; porque todos los caminos acaban en lo mismo, dos cuadras más allá después de deslizarse bajo una tranquera.

El camino calienta su lomo al sol del desierto. Los cardos levantan al cielo sus cálices azules ofreciéndose a las manos de sacerdotes que nunca llegan. Y como nunca llegan, ¡claro! se cansan en sus actitudes votivas; y se cierran, como un cofrecillo, guardando el inviolable contenido. Hasta que llega un día de estío, de ambiente casi vítreo, y los cardos secos doblan los tallos, se caen, golpean sobre el suelo los cofrecillos, tanto tiempo inútilmente tenidos en alto, y al abrirse desparraman en el anhelante galopeo del viento, un nubarrón de florecillas blancas. Parece cada una, una arañita de innumerables patas blancas, finas como hilos de la seda más fina y cubiertas de un vello sutil. En el centro hay un grano, apenas una gotita de miel; es la simiente, que rodeada de su globo de pestañas sube en el viento, rueda ligerísimamente en la tierra, se para, sin tocarla, sobre el agua dormida de los charcos y vaga locamente por todas las lejanías antes de detenerse en el sitio ignorado donde su pequeñez dejará la raza solitaria del cardo.

Cada cofrecillo tiene centenares y centenares de estas florecitas. El viento las atropella y las levanta a puñados desparramándolas como si agitase un penacho. Enseguida se entregan a todos los destinos. Unas quedan en el agua, dándole como una sombra blanca; otras ruedan en el medio del camino arrollándose mutuamente.